



XAVIER PONS DIEZ

EL MARCO
TEÓRICO
DE LA

PSICOLOGÍA
SOCIAL

XAVIER PONS DIEZ

El marco teórico de la psicología social

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Xavier Pons Diez
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2022

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 530
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

 Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN: 978-84-1540-588-5
Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D.L.: Z 195-2022

LA EXPLICACIÓN EN PSICOLOGÍA SOCIAL: ¿QUÉ ES LA PSICOLOGÍA SOCIAL?

¿Cuáles son los temas de estudio de la psicología social? ¿De qué se ocupa esta disciplina? El elevado número de procesos diferentes que aborda la psicología social, así como su creciente amplitud y complejidad, tienden a dificultar una visión clara sobre qué puntos son comunes a todos aquellos temas considerados como psicosociales (Morales y Gaviria, 2009). Ciertamente, la psicología social es una de las disciplinas más diversificadas dentro de las ciencias sociales en cuanto a contenidos y asuntos estudiados.

En la práctica, si repasamos manuales, monografías, revistas o congresos que aparecen bajo el epígrafe de psicología social, podemos encontrar desde estudios que explican cómo la mente humana organiza la información y utiliza esquemas de conocimiento para interpretar la realidad hasta otros que pueden tratar de las preferencias de la población por un tipo u otro de liderazgo político; desde qué características de las personas son consideradas relevantes en la atracción interpersonal hasta cuáles son los niveles de participación vecinal en un barrio; desde cómo las personas interpretan las conductas de sus semejantes hasta cómo se organizan equipos de trabajo en una empresa. Tan vasto y diversificado espectro de conocimiento requiere prudencia a la hora de buscar definiciones exhaustivas. Aunque dedicaremos un capítulo a reflexionar sobre el concepto y objeto de la psicología social, presentaremos en este una primera descripción acerca del campo de estudio de esta disciplina.

Turner (1999) explica que todos los seres humanos pertenecen a grupos, viven en ellos y, en muchas ocasiones, sienten, piensan y actúan como miembros de esos grupos o influidos por lo que ocurre dentro de ellos. El pensamiento, las emociones y las actuaciones de los humanos no pueden explicarse únicamente por factores individuales, es necesario integrar en la explicación los factores que acontecen fuera de la persona; por ejemplo, en sus grupos.

La psicología social actual no se reduce solo a una psicología del grupo, pero es obvio que la psicología del grupo forma parte de la psicología social y ha tenido un papel muy destacado dentro de ella desde sus inicios. Por ello, hemos acudido a tal concepto para aproximarnos a una explicación comprensible de qué es la psicología social.

El grupo remite siempre a la circunstancia supraindividual, por cuyo estudio, precisamente, fue fundada la psicología social. No obstante, el mismo concepto de grupo ya resulta de difícil delimitación. Como explica Besnard (1999), la palabra *grupo*, en las ciencias sociales, está casi vacía de significado si no va matizada por algún adjetivo o aparece dentro de un contexto preciso, pues, en la práctica, es un término aplicado a realidades distintas. Es necesario hacer constar aquí algo que nos acompañará, implícitamente, a lo largo de todo este trabajo, como es que el término *grupo*, en psicología social, ha sido usado para designar dos realidades: el grupo interactivo y el grupo social. El primero se refiere a microsistemas sociales donde los individuos establecen relaciones mutuas de manera directa, tales como grupos de trabajo, grupos informales, familias, redes relacionales... El segundo se refiere a categorías sociales amplias formadas por individuos que comparten una nota distintiva socialmente relevante, tales como grupos culturales, étnicos, de género, profesionales, demográficos, de procedencia geográfica... Muchos de los conceptos investigados son aplicables a ambas realidades, aunque no siempre será así. La investigación sobre el grupo interactivo se ha referido a tópicos como liderazgo grupal, productividad, relaciones informales, comunicación, influencia interpersonal, socialización familiar... En el caso del grupo social, la investigación se ha dirigido a temas como relaciones intergrupales, conflicto y cooperación, prejuicios, estereotipos sociales, identidad social, categorización perceptiva, representaciones sociales...

Delimitado el ámbito de aplicación práctica del término *grupo*, no con ello quedaría resuelto el problema de qué es la psicología social, pues

esta disciplina no siempre utilizará el grupo como unidad de análisis explícita, aunque el significado de este siempre se encontrará latente. Para entender más ampliamente cuál es el campo de estudio de la psicología social, nos referiremos a la diferenciación en dominios de análisis propuesta por Sapsford (1998). Este autor propone cuatro dominios en los que actúa la explicación psicosocial: el intrapersonal, el interpersonal, el grupal y el societal. Cada uno de estos dominios tendría su objeto propio, pero manteniendo entre ellos una relación de complementariedad. Veremos esta propuesta en los siguientes párrafos:

- Dominio intrapersonal. Trata del estudio de la cognición social, la percepción interpersonal, las actitudes, la formación del *self*, la interpretación de las conductas ajenas a través de procesos de atribución causal y, en general, trata de los procesos intrapsíquicos en su dimensión social y relacional.
- Dominio interpersonal. Se refiere al estudio de los procesos de interacción social, incluyendo tópicos como la comunicación, la conducta prosocial, la conducta agresiva, la cooperación, el conflicto interpersonal o la atracción interpersonal, enfocándose, en todo caso, sobre las relaciones entre personas más que en la dinámica intra o intergrupala.
- Dominio grupal. Hace referencia a los procesos intragrupalos en grupos interactivos, organizaciones formales o redes relacionales. Incluye el estudio de aquellos procesos que acontecen dentro de esas entidades supraindividuales y que están dotados de significado por la misma existencia de ellas. Así, se encontraría en este dominio el estudio de la dinámica interna de grupos interactivos, en un espectro que abarcaría desde grupos laborales y formalizados hasta agregados informales, familias o vecindarios.
- Dominio societal. Incluye las relaciones sociales no entendidas como relaciones entre personas individuales, sino entre grupos sociales, así como los comportamientos colectivos y las relaciones que el individuo establece con la cultura, las instituciones sociales, la estructura social y la organización política. Se halla en este dominio el interés por fenómenos como el conflicto entre grupos sociales, los movimientos colectivos, el comportamiento político... y un amplio terreno de estudio en el que la psicología social

comparte ese interés con disciplinas afines como la sociología o la antropología.

Puede derivarse de la propuesta de Sapsford (1998) que el campo de estudio de la psicología social comprende el conocimiento acerca de cómo piensa el individuo sobre su entorno, cómo se relaciona con otros individuos y cómo es conformado su comportamiento, su pensamiento y sus emociones por su entorno microsocia y macrosocia.

Posturas similares son mantenidas por otros autores. Baron, Graziano y Stangor (1991) proponen que el campo de estudio de la psicología social puede representarse mediante tres áreas concéntricas: la de los procesos intraindividuales, la de las relaciones interpersonales y la de los procesos grupales. Por su parte, Morales y Moya (2007) hablan de las diferentes naturalezas de los procesos que han estudiado los psicólogos sociales y diferencian entre los procesos de naturaleza individual, los de naturaleza grupal y los de naturaleza macrosocia.

Otras propuestas se basan en la diferenciación de niveles de conocimiento jerarquizados y acumulativos desde lo individual a lo social, de manera que el conocimiento de cada nivel incluye los anteriores. Esta modalidad jerarquizada de los contenidos psicosociales aparece en las formulaciones de Doise (1982) y de Tesser (1995). Doise propone que el conocimiento psicosocia avanza en cuatro niveles: la explicación intraindividual, la explicación interindividual e intragrupal, la explicación posicional —referida a lo que tiene que ver con las pertenencias categoriales de las personas— y la explicación ideológica —acerca de la influencia de los sistemas macrosociales sobre los individuos—. En el mismo sentido, Tesser propone tres niveles acumulativos y jerarquizados: intrapersonal, interpersonal y colectivo.

Es muy relevante la apreciación de Doise (1982) acerca de cuáles son los niveles de análisis utilizados comúnmente por la tradición psicosocia estadounidense —más individualista— y por la tradición psicosocia europea —más sociologista—. Los niveles intraindividual e interindividual se corresponderían con la primera, mientras que los que Doise denomina posicional e ideológico lo hacen con la segunda.

Lo que hasta aquí ha sido mencionado sugiere un efecto de lo social y lo grupal sobre el individuo. Pero no hay que olvidar que la sociedad y los

grupos están constituidos por actuaciones interactivas de individuos. Como sugiere Collins (2004), en rigor, una «sociedad», una «cultura», un «sistema político» o «una clase social» son conjuntos de personas actuando en común en determinado tipo de situaciones. Por consiguiente, tanto por cuestiones teóricas como, sobre todo, metodológicas, el análisis de los sistemas sociales se verá favorecido por la consideración de los comportamientos de las personas que constituyen tales sistemas. Ahora bien, esto no quiere decir que el significado de los sistemas sociales pueda reducirse solo a factores psicológicos; al contrario, como señalan Blanco, Caballero y De la Corte (2005), las agrupaciones humanas son realidades cualitativamente diferentes a la simple yuxtaposición de mentes individuales. Es decir, la sociedad no es un simple sumatorio de mentes individuales, sino el resultado de interacciones complejas entre ellas y dotadas de significado simbólico. Es ahí justamente donde encontrará vigencia la explicación psicossocial, en la mutua complicidad entre lo psicológico y lo social, pero sin olvidar tres cuestiones: que el factor supraindividual no es una simple yuxtaposición mecánica de individuos aisladamente considerados, que la misma sociedad es constitutiva de la mente y de la conducta de cada individuo y que la sociedad está construida por comportamientos peculiares de personas concretas.

Al respecto de lo anterior, George Herbert Mead, padre intelectual de la orientación teórica del interaccionismo simbólico, fue contundente en su posicionamiento al afirmar que «la sociedad y el hombre son lo mismo» (Mead, 1934/1993). También en las primeras décadas del siglo xx, Charles Ellwood dejó clara una postura diametralmente psicossocial: la conducta individual procede de la cultura del grupo, pero la cultura viene, en último término, de las mentes de las personas (Ellwood, 1913/2008). Coincidente con esta tradición intelectual, Ibáñez (2003) argumenta que la relación entre la psique y la sociedad va más allá de dos realidades solo vinculadas por meras relaciones de influencia recíproca; al contrario, la psique y la sociedad constituyen «un todo inextricablemente entrelazado»: la dimensión social no corre paralelamente a la dimensión psicológica, sino que es constitutiva de esta. La sociedad, según Ibáñez, no está fuera del individuo, sino que la sociedad son los individuos y, además, está dentro de cada uno de ellos. Ibáñez pone el énfasis en el lenguaje, mediante cuya adquisición lo que es social se hace directamente presente en el desarrollo de los procesos psicológicos desde el primer momento de la vida de las personas.

La psicología social, pues, alcanza sentido y encuentra su fundamento en el terreno ocupado por la intersección entre el estudio de lo psicológico y el de lo social (Ibáñez, 2003; Rodrigues, Assmar y Jablonski, 2006). Esta intersección metodológica representa las complejas conexiones entre la persona y la sociedad, que son, desde luego, connaturales a la misma idiosincrasia de ambas. En el terreno de estas conexiones es donde autores como Stangor y Jost (1997) hallan la característica más definitoria de la psicología social. Dichos autores proponen que la persona, sus grupos y el sistema macrosocial que los envuelve conforman un entramado de relaciones complejas que, precisamente, constituye el campo de estudio de la disciplina. En la aproximación de Stangor y Jost se distinguen nueve interconexiones posibles entre persona, grupo y sociedad, que representan el terreno de análisis de la psicología social:

- Interconexión individual-individual: los efectos que los individuos tienen sobre otros individuos y los efectos de un individuo sobre su propia psique cuando organiza su conocimiento de la realidad.
- Interconexión individual-grupal: los efectos que los individuos tienen sobre un grupo.
- Interconexión individual-macrosocial: los efectos de las conductas individuales en la conformación del sistema sociocultural.
- Interconexión grupal-individual: los efectos del grupo sobre sus integrantes individuales.
- Interconexión grupal-grupal: los efectos que un grupo tiene sobre otros grupos y los efectos de un grupo sobre sí mismo para mantener o modificar su identidad grupal.
- Interconexión grupal-macrosocial: los efectos que los grupos tienen sobre el sistema macrosocial.
- Interconexión macrosocial-individual: los efectos que el sistema macrosocial tiene sobre los individuos.
- Interconexión macrosocial-grupal: los efectos que el sistema sociocultural tiene sobre los grupos.
- Interconexión macrosocial-macrosocial: los efectos que un sistema sociocultural tiene sobre otro o sobre él mismo para mantener o modificar sus valores.

Stangor y Jost (1997) advierten que la primera de estas interconexiones —de lo individual a lo individual— se ha convertido en la más estudiada dentro de la disciplina. A este sesgo individualista en la psicología social institucionalizada nos referiremos en el siguiente apartado.

Las dos psicologías sociales

La peculiar posición de la psicología social respecto a la psicología y a la sociología le ha conferido, desde sus inicios, una singularidad identitaria, cuando no una identidad dual. A lo largo de la historia de la disciplina han ido desarrollándose «dos psicologías sociales», a las que se suele denominar «psicología social psicológica» y «psicología social sociológica», y que representan puntos de interés más orientados o bien a lo individual o bien a lo social. Es numerosa la literatura que en las últimas décadas ha reflexionado y debatido sobre la relación entre ambas tradiciones (Álvaro, Garrido, Schweiger y Torregrosa, 2007; Franzoi, 2008; Garrido y Álvaro, 2007; Graumann, 2001; Ibáñez, 2003; Rijsman y Stroebe, 1989; Stryker, 1977), convirtiéndose este en uno de los elementos más peculiares de la disciplina.

La referida dualidad puede observarse ya en los dos primeros manuales de psicología social, publicados ambos en 1908: el de William McDougall, de orientación psicologista, y el de Edward Ross, de orientación sociologista. Paradójicamente, la tradición sociologista acabó siendo seña de la psicología social europea, pese a que Ross era estadounidense y McDougall británico. En efecto, la división entre ambas orientaciones no es ajena a las diferencias entre las tradiciones intelectuales europea y estadounidense: la europea, más abierta a lo sociocultural, se ha mostrado muchas veces como una alternativa a los modelos individualistas institucionalizados y dominantes en la psicología social estadounidense. No obstante, la tradición sociologista no ha acabado siendo la predominante, ni siquiera en el ámbito académico europeo, ante la fuerza del paradigma individualista, que ha resultado ser el hegemónico.

Es un hecho que, a lo largo del siglo xx, la psicología social fue desarrollando un progresivo proceso de psicologización que acabó consolidando el modelo psicologista como predominante en la disciplina. Esto ha supuesto reducir la psicología social a una psicología de las relaciones inter-

personales entre personas tomadas una a una, en perjuicio de su componente social (Jiménez-Burillo, 2005). Esta línea hegemónica dirige su atención hacia la individualidad de los procesos conductuales o mentales, dando lugar a una psicología social que tiende al atomismo del individuo y lo sitúa en un espacio ahistórico y acultural, con la finalidad de encontrar leyes generales explicativas del comportamiento relacional (Apfelbaum, 1985; Tajfel, 1982). Así, se ha privilegiado en la disciplina el estudio de las conductas individuales y de los estados internos, tales como la percepción interpersonal, la atribución causal, el mecanismo cognitivo de los estereotipos sociales y de las actitudes, la cognición social, el aprendizaje conductual del comportamiento social, la conducta agresiva y la prosocial..., pero todos ellos situados en una posición no integrada con lo sociocultural. Esta tradición psicologista ha propuesto y utilizado como método de investigación preferente el experimento de laboratorio, aunque también ha hecho uso de procedimientos psicométricos y de encuesta, y ha tenido como marcos teóricos más próximos el conductismo y el cognitivismo.

Por su parte, la psicología social sociológica se interesa preferentemente por la naturaleza de los grupos y de los fenómenos colectivos, el impacto recíproco entre individuo y sociedad, la dimensión simbólica de la interacción social y la misma interacción como sistema supraindividual. Su ámbito de atención incluye temáticas como el análisis de los procesos de socialización, la génesis social del *self* y de las actitudes, los contenidos de las actitudes y de los estereotipos sociales, la comunicación como proceso social, los roles sociales, el conflicto social, los procesos intragrupal e intergrupales, los prejuicios sociales o los símbolos sociales, así como los comportamientos relacionales y mentales que interesan a la tradición psicologista, pero desde el análisis de sus contenidos sociales y ubicando el lugar de este no en la persona misma, sino en la intersección entre la persona y la sociedad. Esta perspectiva ha utilizado como método de estudio preferente la encuesta, la entrevista y las técnicas de observación naturalista, aunque también ha hecho uso del experimento, sobre todo en contextos naturales. Su enfoque teórico más próximo fue, en un primer momento, el interaccionismo simbólico, si bien esta enmarcación teórica ha oscilado mucho a lo largo de todo el siglo xx (Garrido y Álvaro, 2007).

Desde la tradición sociologista, autores como Ovejero (1997) entienden que la psicología social se ocupa del estudio de un ser —el humano—

que, más allá de lo biológico y lo psicológico, es también un ser social o, lo que es lo mismo, un ser histórico, cultural, colectivo y simbólico, de tal forma que uno de los principales factores constitutivos de su naturaleza es la relación con sus semejantes dentro de un contexto compartido de significados simbólicos que, a su vez, son producto de la historia de ese contexto. Por su parte, desde la tradición psicologista, otros autores como Baron, Branscombe y Byrne (2009) o Myers (2009) conceptualizan a la psicología social como el estudio de la naturaleza y causas del comportamiento y del pensamiento individuales en situaciones sociales, de cómo piensa e influye la gente sobre los demás y cómo se relacionan entre sí, siendo nota característica la consideración de los factores sociales y culturales como simples causas de la actividad individual más que como variables constitutivas del ser humano.

La psicologización de la psicología social ha sido uno de los principales puntos de debate en la historia de esta disciplina y, desde luego, en la actualidad. El hecho es que el estudio de lo intrapsíquico y de la conducta individual, es decir, el espacio natural y legítimo de la psicología, ha sido habitualmente extendido hacia la psicología social —transportándose con ello ciertos presupuestos metodológicos que, en su momento, fueron concebidos para las ciencias físicas—. Ciertamente, la psicología tiene en lo individual su objeto de análisis, ubicándose esta disciplina en un terreno entre las ciencias naturales, las sociales y las sanitarias. Pero, para la psicología social, el único terreno posible es el de las ciencias sociales; por tanto, reducir la mayor parte de su contenido al estudio de cómo funciona la mente cuando percibe a otras personas, podría suponer perder su significado como ciencia social.

Ha habido intentos de superar las consecuencias de esta división. Munné (1995) pretende resolver la dicotomía entre ambas psicologías sociales, decantándose por la definición de un objeto propio de la disciplina que le sea sustantivo. Munné explora cinco posibles alternativas para la psicología social, que se corresponden con cinco visiones sobre el contenido y el concepto de esta disciplina:

- Dependiente y formando parte de la psicología, como una rama más o menos especializada de esta.
- Dependiente y formando parte de la sociología, en cuyo caso se plantearía una cierta confusión entre la psicología social y la microsociología.

- Una suerte de «super-ciencia», englobando tanto a la psicología como a la sociología y resultando ser la suma de ambos campos de estudio, bajo la idea de que el comportamiento humano y los sistemas sociales están esencialmente vinculados a las relaciones sociales.
- Independiente y ocupando un espacio intermedio, con puntos de intersección, entre la psicología y la sociología, considerándose como producto de un área de conocimiento común a estas y, por tanto, distinta a cada una de ellas.
- Independiente y sustantiva, diferenciada de la psicología y de la sociología y situándose en el mismo rango disciplinario que ellas.

Puede observarse que la primera de las cinco alternativas citadas por Munné (1995) se apoya en la asunción de que la psicología social es parte integrante de la psicología y que aporta explicaciones sobre el comportamiento social mediante la aplicación de las leyes explicativas de la psicología. Como consecuencia de este reduccionismo psicologista, predominante largo tiempo en la psicología social institucionalizada, el estudio del comportamiento colectivo se ha ido reduciendo al simple estudio de conductas individuales (Álvaro, 1995). El reduccionismo individualista o psicologista significa olvidar la naturaleza intrínsecamente sociocultural del comportamiento humano, de los procesos mentales y, por tanto, de la persona; significa olvidar el reconocimiento de la sociedad dentro del ser humano.

El grueso de investigaciones en la psicología social institucionalizada ha tomado como unidad de análisis al individuo, y, como contexto metodológico, el que las ciencias sociales y naturales importaron de la física y la astronomía (Ovejero, 1997). Todo ello ha convertido la psicología social institucionalizada en una psicología de las influencias que ciertas características del entorno social ejercen sobre lo intrapsíquico. Esto es, se considera lo social como un mero factor influyente y no como una dimensión básica y fundadora de la misma naturaleza humana.

Autores como Apfelbaum (1985) o Pepitone y Triandis (1987) han denunciado el riesgo que supone la individualización teórica y metodológica de la psicología social, pues pone en peligro la identidad de esta disciplina como ciencia social, además de quedar reducida a un mero epígrafe de la psicología. Como señalan Garrido y Álvaro (2007) y Jiménez-Burillo

(2005), la consideración de una psicología social independiente, situada entre la psicología y la sociología, abierta a las demás ciencias sociales, pero con un enfoque propio, es defendida por numerosos autores, para los cuales la psicología social se halla en la encrucijada de varias disciplinas, tanto por su historia como por su naturaleza y objeto de estudio.

En ese mismo sentido, Ibáñez (2003) plantea que la psicología social tiene un espacio articulador de las aportaciones de la psicología y de la sociología, espacio delimitado por una intersección entre lo psicológico y lo social: los fenómenos psicológicos, por su propia naturaleza, están demasiado cargados de determinaciones sociales, y los sociológicos, igualmente, demasiado cargados de determinaciones psicológicas, como para que la problemática inherente a la vida social humana pudiera quedar dentro del alcance de explicaciones solo psicológicas o solo sociológicas. Este hecho podría darnos una pista acerca de la especificidad de la psicología social, ya que, como afirma Turner (1999), aunque los conceptos, principios, explicaciones y teorías de la psicología social sean predominantemente de tipo psicológico, lo son en un sentido «especial», pues se entiende que existe una interacción esencial de lo psicológico con la actividad social y con los procesos y productos sociales.

La problemática epistemológica

Las ciencias sociales son herederas de la Modernidad, el movimiento intelectual surgido en la Europa renacentista y que, durante el siglo XVIII, con la Ilustración, generalizaría en el mundo occidental una ideología filosófica de la razón y del progreso basado en ella. En este contexto surgió un interés por el estudio de lo humano y por hacerlo, además, desde el punto de vista de la «razón natural». A la Modernidad debemos el triunfo del raciocinio sobre los viejos esquemas medievales, lo cual supuso la revalorización de la persona frente una metafísica de carácter teocéntrico, así como la puesta en valor de la razón humana como guía de la vida social, del progreso y de la ciencia. Contra la lógica acientífica y teísta del pasado, la ideología de la Modernidad trajo consigo el éxito del paradigma científico-naturalista (Quintana y Tortosa, 1998).

Sin embargo, en el último tercio del siglo XX comienzan a formularse dudas sobre la concepción «moderna» de la razón y la ciencia. La crítica

posmodernista pretende reconstruir los límites de la razón. De este modo, primero desde la filosofía y después en algunos sectores de las ciencias sociales y naturales, se cuestiona la idea de un mundo del todo organizado sobre la base de leyes infalibles y estáticas cuya existencia sea independiente de su observación. Así, los conceptos científicos hallados en la investigación no están exentos, según esta crítica, de interpretaciones por parte del investigador ni de valores y criterios culturales que también condicionan la manera de pensar de este (Gergen, 1982, 1992).

Las críticas posmodernistas han sido muy diversas y muy heterogéneas, tanto desde el punto de vista teórico como del ideológico-político. En todo caso, como explican Collier, Minton y Reynolds (1996), es común en la expresión posmodernista la duda acerca de que la razón pueda proporcionar infaliblemente una fundamentación universal del conocimiento. Se arguye, pues, la falibilidad de ciertos presupuestos positivistas en el estudio de lo social y lo humano, así como la introducción de sesgos en la interpretación de los datos, derivados del punto de vista del investigador y de su mayor o menor adhesión a corrientes sociales y culturales de pensamiento.

Ovejero (1997) expone que el paradigma de la ciencia surgido desde el Renacimiento sirvió para explicar el mundo exterior al sujeto, fundamentalmente en la astronomía y en la física, siendo en estos campos donde obtuvo un gran éxito, extendiéndose más tarde a ciencias más cercanas a la vida humana, como la medicina, la biología o la psicología. De este modo, el paradigma científico de la física se fue extendiendo desde el estudio de los casos simples del mundo —aquellos más ajenos a la complejidad de los sistemas vivos— hasta los casos de aprehensión compleja, como son aquellos que llevan consigo el mismo hecho de la vida y que, por tanto, se hallan sometidos a la irreversibilidad del tiempo, a la circularidad de las relaciones causales y a la influencia de una cantidad de variables muy superior a la que puede ser controlada por el investigador.

Es conocida la extraordinaria influencia que el modelo metodológico de la física ha tenido sobre la psicología social, en parte arrastrada por el deseo de la psicología de no ser considerada una disciplina puramente especulativa (López-Martínez, Blanco, Scandroglio y Rasskin-Gutman, 2010). La adopción de tal modelo por la psicología de finales del *xix* y principios del *xx* buscaba obtener una legitimidad científica equiparable a

la de las ciencias naturales. En efecto, como señala Armistead (1983), los psicólogos adoptaron los métodos de investigación que las ciencias naturales utilizaban y que, además, en su tiempo, eran propagados por los defensores del positivismo lógico. Estos opinaban que las ciencias físicas, las naturales y las sociales debieran responder a un mismo modelo de ciencia: el enfoque experimental de la física. Asimismo, defendían los positivistas lógicos que las expresiones que no se refieren a entidades mensurables y cuantificables no tienen espacio dentro del discurso científico. Esto se interpretó como que la psicología debería proceder mediante la formulación de expresiones objetivas sobre la conducta observable.

Con todo ello, se pondrán en evidencia algunas dificultades epistemológicas que la psicología social mantiene desde su constitución: la herencia del método de la física para la psicología social podría suponer una grave contradicción si se tiene en cuenta que el objeto de estudio, al igual que los de las otras ciencias sociales, es esencialmente distinto del de la física. A este respecto, Ibáñez (1982) opina que el objeto de estudio de la psicología social se caracteriza por la presencia de un cierto nivel de indeterminismo, no linealidad y dificultad para concretar la existencia de una realidad unívoca, lo que la aleja de los presupuestos epistemológicos de las ciencias que tratan del mundo físico. Más específicamente, sugiere Ibáñez cuatro aspectos críticos que considerar por la psicología social:

- Sobre la existencia de leyes explicativas de la conducta y sobre el concepto de causalidad estricta. ¿Siempre que se conocen las condiciones iniciales y las «leyes» se podrán predecir los efectos? Es dudoso que todo el comportamiento y el pensamiento de los humanos se pueda reducir a leyes explicativas de aplicación universal.
- Sobre el criterio de objetividad independiente del sujeto. ¿Existe un mundo social objetivo, cuya aprehensión sea independiente del punto de vista del investigador? Se duda de la existencia de un conocimiento social totalmente desligado de sus condiciones de producción, ya que el objeto conocido y el sujeto conocedor son de la misma naturaleza, a diferencia de lo que ocurre en la física.
- Sobre el mito del objeto. ¿Los acontecimientos de la vida social son «objetos neutrales» como los cuerpos físicos? En la vida social, un «objeto» —un hecho de conocimiento, aquello que se investiga—

no tiene existencia fuera de unas interacciones dotadas de significados culturales, en las que, además, ese objeto participa.

- Sobre el criterio de permanencia y estabilidad. ¿Es posible estudiar la vida social como algo universal, estable y no cambiante? En realidad, la convención social no posee un carácter de permanencia espacio-temporal, sino que cambia en la geografía y en la historia de las sociedades. Por tanto, no es claro que pueda estudiarse el comportamiento de las personas en la sociedad desde criterios de permanencia y estabilidad como en los cuerpos físicos.

El propio Ibáñez (1997, 2003) plantea diferentes consideraciones dirigidas a la constitución de una psicología social que tenga como elementos integrantes la naturaleza simbólica, cultural e histórica de la realidad social —ningún fenómeno social es comprensible sin atender a los aconteceres históricos que lo envuelven—, la agencia humana como creadora de los hechos sociales, la naturaleza sociocultural e histórica del ser humano, la naturaleza autoorganizativa de lo social y la presencia de lo socialmente construido como ingrediente relevante de los fenómenos psicológicos. Frente a la idea de que los aspectos sociales impactan sobre un entramado psicológico más fundamental, Ibáñez señala la dificultad para separar lo que es «social» de lo que es «psicológico» en el ser humano y la necesidad de que ambos sean considerados como las dos caras de una misma realidad.

Pero no habrá que olvidar, en todo caso, que el propósito de la psicología social no puede conciliarse con una especie de «oscurantismo posmodernista» en el que, sistemáticamente, se pusiera en duda cualquier interpretación racional de los hechos y que acabara en postulados pseudocientíficos. Siguiendo a Morgan (1996), la psicología social posmodernista acarrearía cierto riesgo de convertirse en un «cajón de sastre» en el que «todo vale», pues la búsqueda de un espacio epistemológico propio no supone la subjetivación banal de cualquier dato ni la permisividad con postulados pseudocientíficos. Lo que ocurre es que la vida social común y las relaciones entre personas, grupos e instituciones sociales adquieren una gran complejidad de formas, que requerirán ser atendidas por una psicología social que aborde su comprensión de una manera no simplista. El objeto de estudio de la psicología social es inherentemente dinámico: como afirman Nowak y Vallacher (1998), los seres humanos no son como las piedras, las plantas o los animales en un laboratorio; las características

propias de la acción humana no se ajustan a relaciones simples de causa-efecto, incluso la distinción básica entre causa y efecto puede llegar a ser borrosa debido a una causalidad recíproca o bidireccional. La borrosidad implica que el todo no es reducible al análisis simple de las partes por separado, por lo que un análisis reduccionista de las partes, sin atender a las interacciones significantes entre estas, convertiría las conclusiones en irrelevantes. Al aumentar la complejidad de un sistema, las afirmaciones categóricas son menos significativas y las afirmaciones significativas son menos categóricas; es decir, el investigador ha de tener presente que, a mayor complejidad, menor precisión y mayor borrosidad, y los sistemas sociales son, esencialmente, complejos.

Habrà que considerar, por tanto, que la actividad humana, los pensamientos, los sentimientos, las interacciones y la vida en los grupos poseen una complejidad idiosincràsica que dificulta poder cuantificarlos y simplificarlos en términos de relaciones causa-efecto. Contemplar así el objeto de estudio de la psicología social supone acudir al concepto de complejidad de los sistemas adaptativos, como es el caso de los sistemas de interacción social. Pero ¿qué es la complejidad? Siguiendo a Munné (2004) y a Pastor y León (2007), la complejidad, dentro del estudio de los sistemas de interacción social, se manifiesta en cinco rasgos: no linealidad de las relaciones que puedan establecerse entre las variables implicadas; orden caótico según el cual cambios ínfimos en las condiciones iniciales pueden resultar muy relevantes en las situaciones finales; surgimiento espontáneo de nuevas propiedades en el sistema como consecuencia de las interacciones entre sus componentes, de tal manera que el comportamiento del todo resulta ser distinto al comportamiento de sus partes aisladas; borrosidad en la identidad de las relaciones entre variables, debido a lo cual una misma afirmación puede ser, en cierta medida, cierta y falsa de forma simultánea; y, finalmente, flexibilización del paradigma positivista, propiciando formas más abiertas de conocer la compleja realidad de la vida social.

No obstante, desde una posición más ecléctica, Moya (2008) sugiere que las aludidas limitaciones del positivismo para la psicología social no son tantas como reclaman las corrientes más críticas, si se tiene en cuenta que la psicología social institucionalizada rara vez ha seguido, realmente, los postulados estrictos del positivismo lógico. Por ejemplo, añade Moya, las teorías psicosociales clásicas no han cumplido con la regla positivista

de correspondencia: todos y cada uno de los términos teóricos de una teoría deben ir acompañados de una formulación explícita compuesta totalmente de términos observacionales. Es por ello que este autor aboga por reducir la intensidad y la extensión de la crítica posmodernista en el terreno psicosocial.

La problemática epistemológica afecta también a la relación de la psicología social con otras disciplinas. La cuestión que se plantea es si el objeto de estudio de la psicología social es esencialmente diferente al del resto de ciencias que tratan lo humano y lo social. Autores como Jiménez-Burillo (2005), Ovejero (1997) o Riba (2007) sugieren que la psicología social ha permanecido demasiado tiempo enclaustrada en la mitología científico-natural de su saber y proponen una apertura y permeabilidad hacia campos de las ciencias humanas y sociales como la filosofía, la antropología, la ciencia política, la sociología o las ciencias históricas. Moscovici (1989) propone a la psicología social como una disciplina «puente» capaz de integrar conocimientos de distintas ciencias sociales, pues en el análisis psicosocial se manejan conceptos que constituyen el objeto de estudio de otras disciplinas: desde procesos cognitivos y comportamentales hasta procesos macrosociales, culturales o socioestructurales.

De hecho, la pretensión de incrustar fronteras estrictas e inmutables entre las ciencias sociales, en detrimento de su permeabilidad, no es un planteamiento que haya demostrado eficacia, ni para generar conocimiento, ni para instaurar pedagogía. Habría que reflexionar sobre el hecho de que la ciencia social puede ser tan plural en su expresión como singular en su objeto, tan diversa en sus medios como coincidente en sus fines. Puede resultar representativa la propuesta de Gergen (1997), que aboga por una psicología social que se interese por los vínculos colectivos que dan sentido a la realidad, contextualizados estos en la cultura y en la historia. Gergen propone un enfoque psicosocial que no limite de antemano las fronteras específicas de la disciplina ni reduzca los parámetros de la investigación, que se encuentre estrechamente vinculado a lo cultural, que aúne el trabajo teórico con las prácticas dirigidas al cambio social para mejorar las condiciones de vida de la población, y que abra el diálogo con otras disciplinas sociales y humanas.

ÍNDICE

LA EXPLICACIÓN EN PSICOLOGÍA SOCIAL: ¿QUÉ ES LA PSICOLOGÍA SOCIAL?	9
Las dos psicologías sociales	15
La problemática epistemológica	19
LAS RAÍCES DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL EN EL SIGLO XIX	25
El pensamiento social en Francia	26
Auguste Comte	26
Émile Durkheim	28
Gabriel Tarde	30
Gustave Le Bon	30
El pensamiento social en Alemania	32
Georg Friedrich Hegel	32
Wilhelm Dilthey	33
Wilhelm Wundt y la <i>Völkerpsychologie</i>	34
Karl Marx	37
Ferdinand Tönnies	38
Max Weber	39
El pensamiento social en el Reino Unido	42
Herbert Spencer y la influencia de Charles Darwin	42
El pensamiento social en los Estados Unidos	44
William James	45
John Dewey	46

LA EMERGENCIA DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	49
William McDougall	49
Edward Ross	51
Floyd Allport	53
La escuela de Chicago	54
William Thomas y Florian Znaniecki	55
Robert Park y Ernest Burgess	56
George Herbert Mead	57
La medición de las actitudes	58
La emergente psicología social en Europa	60
EL DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL COMO DISCIPLINA DIFERENCIADA	65
La consolidación y expansión de la psicología social	66
Entre los años treinta y los cincuenta del siglo xx.....	66
Los años sesenta y setenta del siglo xx	73
La crisis de los setenta	80
La psicología social después de la crisis	86
LAS ORIENTACIONES TEÓRICAS EN PSICOLOGÍA SOCIAL ..	95
La orientación psicoanalítica	96
La orientación conductista y neoconductista	100
Las contribuciones neoconductistas: el aprendizaje social ...	106
Las contribuciones neoconductistas: la comunicación persuasiva	108
Las contribuciones neoconductistas: el intercambio social	109
Las contribuciones neoconductistas: otras investigaciones	111
La orientación guesaltista	113
Kurt Lewin	115
Fritz Heider	120
Leon Festinger	123
Muzafer Sherif	127
Solomon Asch	130
La orientación cognitivista	133
Cognitivismo, conductismo y guesaltismo	135
Psicología cognitivista y cognición social	137

Las teorías de la atribución	140
Estructuras cognitivas y procesos cognitivos	145
La crítica al cognitivismo	147
La orientación sociocognitiva	149
Henri Tajfel y John Turner	151
Serge Moscovici	155
La escuela de Ginebra	159
Otras aportaciones sociocognitivas	162
La orientación del interaccionismo simbólico y enfoques afines	164
Enfoques afines: la fenomenología social y la etnometo- dología	170
La orientación socioambiental y los enfoques culturales	173
Urie Bronfenbrenner y la teoría ecológica	175
Los enfoques culturales en psicología social	180
Las orientaciones alternativas	189
La orientación dialéctica y el contextualismo	190
La teoría crítica de la escuela de Fráncfort	192
La orientación etogénica y la teoría de la acción	195
El construccionismo social	197
El constructivismo radical	199
La orientación humanista	201
La psicología social discursiva	204
La psicología social de la liberación	206
La perspectiva evolucionista	210
 SOBRE EL CONCEPTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL: ALGUNAS REFLEXIONES	 215
EL MÉTODO EN PSICOLOGÍA SOCIAL	221
Metodología cuantitativa	223
El acercamiento experimental	223
El acercamiento correlacional	227
El problema de la validez en la investigación cuantitativa .	229
Metodología cualitativa	232
Características diferenciales de la metodología cualitativa ..	233
Métodos cualitativos	236
 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	 241

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en febrero de 2022*



ESTUDIOS

Este libro ofrece un análisis del campo de estudio de la psicología social, una disciplina que nos acerca a una comprensión amplia y realista sobre la naturaleza humana y la vida social. Para ello, se repasa la evolución histórica de la disciplina, desde el advenimiento de las ciencias sociales en el siglo XIX hasta la actualidad, y se realiza un repaso crítico a las principales orientaciones teóricas que han dejado su impronta en la psicología social. El análisis teórico ha pretendido ser lo más cercano posible a la realidad de la vida común. Además, se han incluido aportaciones procedentes de autores y escuelas de pensamiento que, pese a ser minoritariamente citados en los manuales al uso, presentan atractivos contenidos psicosociales en sus propuestas.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

XAVIER PONS DIEZ

es doctor en psicología y máster en psicología comunitaria por la Universitat de València. Ejerce como profesor del Departamento de Psicología Social en la misma universidad. Ha desempeñado su labor docente, principalmente, en las titulaciones de Psicología, Trabajo Social y Educación Social, así como en posgrados del ámbito de la intervención social. Como investigador, ha publicado numerosos artículos en revistas científicas, obras colectivas y monografías dentro de las áreas de la psicología comunitaria, la intervención psicosocial, la psicología social aplicada a problemáticas sociales diversas y la historia de la psicología social.